

El filósofo K. Jaspers estableció el *tiempo eje* de la revolución espiritual hacia el año 600 a. C. Alrededor de esta época, surgieron los grandes maestros espirituales. En Oriente con Buda, Confucio, y los profetas: Elías, Isaías y Jeremías, y en Occidente nació la filosofía con Sócrates. Este filósofo profundizó en el aforismo inscrito en el templo de Apolo: “conócete a ti mismo”. Es en esta época cuando el hombre comienza a preguntarse por el sentido de la vida. ¿Cuál es el propósito de mi existencia? Este mismo aforismo será usado por S. Agustín y los místicos medievales como vía para descubrir el Misterio de Dios. En el Siglo de Oro de las letras españolas, San Juan de la Cruz, San Ignacio y otros van a elaborar nuevos caminos para reflexionar sobre el sentido de la vida. En el siglo XX, la psicología se consolida

como ciencia y comienza a estudiar sistemáticamente la dimensión espiritual de la persona humana. Hoy se habla de la creatividad, imaginación y dimensión espiritual de la persona. Esta capacidad para gozar de la belleza. Solo en el silencio, la persona toma conciencia de su cuerpo y sus emociones. Es en el silencio donde surgen las grandes ideas. Cuando este espacio se percibe habitado por Dios, la persona cambia *algo* en su mirada al mundo. La rutina deja paso a la novedad del instante.

En resumen, Santamaría guía el viaje a la dimensión interior de la persona. Recomienda no leerlo “todo seguido”, y realizar los ejercicios propuestos a lo largo de estas páginas. Una lectura excelente para descubrir a “*Dios en el fondo de mi intimidad*”.

Marta Sánchez

OTÓN, J., *Tabor. El Dios oculto en la experiencia*. Sal Terrae, Santander, 2020, 191 pp.

Para algunos, la evocación del monte Tabor puede resultar sumamente seductora, al remitirnos a una experiencia espiritual gratificante, una panacea mística que nos puede ahorrar esfuerzos en una vida cristiana. En otros, por el contrario, suscita enormes recelos precisamente porque temen caer en la trampa de los espejismos de la interioridad

cuando nos dejamos llevar por cierta glotonería psicoespiritual, algo tan en boga hoy en día.

En este libro, Otón acude a este enigmático episodio del Evangelio en busca de discernimiento. Por una parte, analiza el porqué de la falta de entusiasmo de un cristianismo acomplejado ante el repliegue de la religión en la sociedad occidental.

El desencantamiento del mundo y el deísmo sirven de marco filosófico para explicar la secularización y la indiferencia religiosa.

Por otra parte, aborda el énfasis en la experiencia, propio de la sociedad posmoderna. La búsqueda incesante de experiencias puede ser un contexto propicio para presentar la vida espiritual. Pero también puede empujar a la espiritualidad hacia las peligrosas veredas del subjetivismo narcisista.

Por todo ello, Otón propone una fe capaz de aunar de manera equilibrada experiencia y teología. Reclama “una fe que nace y se nutre de la experiencia y una reflexión teórica que estructura argumentalmente la vivencia, la inserta en el legado de la tradición cristiana y la fuerza a dialogar con el pensamiento moderno” (p.14).

Todo un reto para la pastoral de la Iglesia, a veces demasiado anquilosada en la inercia de formalismos estériles, impermeables a los signos de los tiempos. Pero a veces, también, expectante respecto a iniciativas que se presentan dispuestas a resolver los problemas más acuciantes de manera casi milagrosa.

Otón nos recuerda que Tabor es una escena que precisa ser contextualizada en un relato más amplio. Aislada, poco aporta, por más que nos empeñemos en levantar tres tiendas. El apóstol Pedro vive en la Transfiguración lo que ya había proclamado en Cesárea de Filipo, la auténtica identidad de Jesús de Nazaret. Y los tres testigos de este acontecimiento, Pedro, Santiago y Juan, serán los que después se queden dormidos en Getsemaní.

El proceso espiritual se encarna en la vida. La semilla tarda en dar su fruto. Hay que preparar la tierra de la interioridad. Son necesarios momentos de luz que, sin ocultar las propias sombras, nos sostengan cuando las circunstancias se vuelven adversas, cuando Dios parece un *Deus absconditus*. E, igualmente, hace falta la purificación de las noches que nos depara la existencia para asimilar los contenidos revelados.

Quedarnos con un único aspecto de la vida cristiana resulta peligroso. Como afirma el autor “la fe sin experiencia languidece. La experiencia sin reflexión y sin compromiso se corrompe” (p. 54).

Jordi Osúa